

Joan Manuel Gisbert

Joan Manuel Gisbert ha marcado a generaciones de lectores con una obra literaria que reivindica el espacio transformador de la fantasía. Escritor artesanal, emprende en cada título una exigente búsqueda estilística cuyo resultado nos hace partícipes del valor comunicativa de la palabra escrita y el deleite estético de la lectura. Entre sus últimos títulos destacan: *Las maleias encantadas* (Narval), *El despertar de Heisenber* (El jinete azul) y *Las islas fabulosas* (Diálogo).

Su web: www.joanmanuelgisbert.com

Palabras a media voz que deseo guardes

Me parece que esta es una buena ocasión para decidirme a confesar algo que hasta ahora, según creo, sólo conocían tres o cuatro personas, Miguel Calatayud entre ellas. Se trata de un hecho que siempre procuré mantener oculto porque, ciertamente, su divulgación no me hubiese favorecido. Se produjo hace ya casi treinta y tres años. Ahora puedo atreverme a revelarlo porque hay atenuantes que me redimen, y las circunstancias y el tiempo me han hecho merecedor, así lo espero, de la absolución.

Como muchos todavía recuerdan, *Escenarios fantásticos*, mi primer libro publicado, apareció en el año de gracia de 1979, en una colección de la ya extinguida editorial Labor, de Barcelona. Pues bien, declaro con rubor que cuando Felicidad Orquín, directora de aquella serie, y mi decisiva primera editora, me mostró las ilustraciones que iban a acompañar al texto, me sentí decepcionado. Diferían mucho, en su concepción y estilo, de lo que yo había imaginado y esperado para el libro.

Hasta aquí, nada de particular tendría esa situación, que tantas veces se produce, en uno u otro sentido. Sí, ocurre con cierta frecuencia que los escritores se quedan desilusionados cuando ven los dibujos que figurarán en la edición de su obra. Y también ese desagrado surge a menudo entre los ilustradores, cuando leen el texto cuya recreación gráfica se les ha encomendado. Quizá sea un azar sin valor estadístico, pero he oído más lamentaciones de esta segunda clase que de la primera, y creo que no todas estaban faltas de razón.

Pero yo sí que estuve falto de acierto y buen criterio, por mucho que me pareciera lo contrario. Por aquel entonces yo era, claro, un aspirante a autor. No me conocía nadie. Y no parecía probable que muchas personas se interesaran por la primera obra de un escritor desconocido que no ofrecía ninguna garantía de antemano. Por tanto, que la editora consiguiese que colaborara en la misma un ilustrador que ya era mucho más que una promesa o una realidad en ciernes, fue un verdadero regalo. Y si este ilustrador era nada menos que Miguel Calatayud, el regalo era extraordinario.

Pero, como estoy confesando, no supe reconocerlo así desde un principio. La razón fue, aparte de mi ignorancia en la materia, que yo estaba aún muy influenciado por las ilustraciones más bien decimonónicas, de realismo generosamente detallista, sin ninguna pretensión innovadora, que figuraban en muchas de mis lecturas adolescentes y que actuaron como referencias inconscientes.

No obstante, como fui comprendiendo, y como otros me ayudaron a ver, *Escenarios fantásticos*, aunque lanzaba miradas al mundo de Verne y al de algunos otros autores que también ayudaron a consolidar el género de la aventura en la literatura popular contemporánea, no era en realidad un texto en línea con aquellas corrientes sino una obra de pulso imaginativo y poco habitual, a la que las excelentes ilustraciones de Calatayud acompañaban de manera muy adecuada.

Me complace hacer estas revelaciones, un tanto expiatorias, porque con el paso del tiempo mi aprecio por la aportación de Miguel a *Escenarios fantásticos* se fue haciendo total y manifiesto, hasta el punto de que en las dos ocasiones en que la obra, tras la desaparición de editorial Labor, fue reeditada, primero por SM, en 1995, y, más recientemente, por Oxford University Press, en 2010, consideré fundamental que los dibujos de Calatayud de 1979 permanecieran en las nuevas ediciones del libro.

Me parece que son parte inseparable de la obra y permanentes señas de identidad de la misma. Están en la memoria de muchísimos lectores, y allí viven, y merecen seguir existiendo, en cada nueva impresión, en las páginas donde salieron a la luz.

Como breve ampliación del tema, quiero añadir que malas o indebidas apreciaciones, como la que yo hice entonces, se producen con frecuencia, con respecto a la obra de muchos ilustradores de gran capacidad y mérito, por parte de personas que no siempre pueden acogerse a la disculpa de la ignorancia o el desconocimiento.

Los escritores también nos lamentamos cuando los textos literarios son valorados con excesiva superficialidad, y se conside-

Ilustraciones de Miguel Calatayud para *Escenarios fantásticos*



ran en ellos tan sólo los aspectos temáticos y argumentales, sin apenas aprecio, o con total indiferencia, hacia los restantes elementos estéticos, referenciales, artísticos y constructivos, con lo que se puede dar cierta primacía a lo fácil o, lo que es peor, a su versión deteriorada, es decir, a lo facilón, a lo que busca la máxima difusión a través del oportunismo y la simpleza.

No obstante, me parece que si es verdad que los textos son enjuiciados a veces de manera demasiado superficial, más a menudo lo son las creaciones plásticas, ya sea en álbumes, libros muy ilustrados o ediciones que incluyen una moderada cantidad de dibujos. A causa de la aparente ventaja de su percepción visual inmediata, que a veces puede ser un gran inconveniente –a diferencia del texto narrativo, que requiere más tiempo y continuidad, y una mayor concentración, para una verdadera entrada en él–, la obra gráfica es a menudo objeto, a mi entender, de juicios muy apresurados, sometidos a lo standard o a la búsqueda de una vistosidad llevadera, bonita y agradable.

He oído muchas veces, ante ilustraciones no convencionales, que a mi entender tenían un mérito incuestionable, y un profundo atractivo, expresiones descalificadoras del tipo “Estos dibujos no gustan a los niños”, o “Demasiado difíciles de entender”, o “El dibujante no tuvo en cuenta a qué público se dirigía”, o “La actual cultura visual va por otro lado” y otras muchas consideraciones del mismo estilo.

Retornando a mi relación de autor con Miguel Calatayud, además de aquellos *Escenarios fantásticos* que nos unieron, tuve también la suerte de que ilustrara, con plena satisfacción para mí desde el primer instante, mi obra *Regalos para el rey del bosque* (SM, 2001), y, como última y satisfactoria confluencia, he tenido la oportunidad de motivar con unos textos breves uno de sus inconfundibles despliegues de imágenes, para dar origen al álbum *Las islas fabulosas*, de inminente aparición en Diálogo.

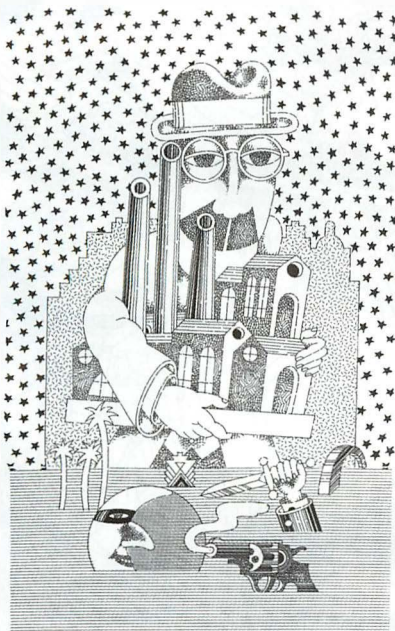
Desde una perspectiva abierta y amplia, tengo la satisfacción de decir, para

que conste, que Miguel Calatayud es uno de los contemporáneos cercanos a mí por los que he ido desarrollando una mayor admiración al ir conociendo su obra en toda su magnitud. O eso era lo que creía estar haciendo.

La gran exposición que se ha presentado en Valencia, y el catálogo de la misma como reflejo y avance, me han abierto los ojos. Es ahora cuando he descubierto, en su verdadera amplitud y extensión, la obra de Calatayud. Y ha sido demoledor saber después que lo expuesto allí representa tan sólo una vigésima parte del total de originales que obran en su poder, tras más de cuarenta años de dedicación constante a su oficio de arte.

Ante una tan prolongada y ejemplar trayectoria de coherencia, trabajo y creación, solo caben el mayor reconocimiento, la admiración y, desde una posición más personal, el más sincero agradecimiento por haber compartido con él una pequeña parte de su gran viaje a la excelencia. ◀▶

Entrevista a Miguel Calatayud



Ⓡ **Los escenarios fantásticos de Joan Manuel Gisbert marcaron un antes y un después en la literatura infantil española. ¿Recuerdas qué te produjo esta lectura en aquel momento? Y ahora que lo has vuelto a ilustrar, ¿qué cosas nuevas te dice?**

Me pareció curiosísimo y rompedor, con el valor añadido del criterio de Felicidad Orquín. Desde el primer momento pensé que la utilización del color hubiese sido ideal para ilustrar aquel texto tan imaginativo. Lo inmediato fue definir un tratamiento en negro entre geométrico y futurista. Quizá ahora lo vería de otra forma, pero en aquel momento no tuve la menor duda. Siempre pensé que Joan Manuel esperaba algo más parecido al clasicismo de los antiguos grabados, con atmósferas, claroscuros y ambientes misteriosos; también, quizá, más naturalismo en las figuras. Con todo, el mismo autor ha defendido siempre, incluso en la última reedición de Oxford University Press, la presencia de aquellas ilustraciones de la primera edición de 1979. Lo cual me conmueve porque contribuye a que la obra en conjunto adquiera un carácter de clásico inamovible. Hubo un reencuentro con Gisbert en la estupenda fábula *Regalos para el rey del bosque* y está a punto de aparecer el álbum *Las islas fabulosas*, una reciente colaboración para Libros muy ilustrados de Diálogo Infantil, en la que de nuevo coincidimos.

Ⓡ **El disparate, sin sentido, el absurdo, el mundo al revés... lo hallamos en la obra de algunos escritores ilustrados por ti (como Miquel Obiols o Carles Cano) y también en libros de tu completa autoría (como *El mundo al revés* e incluso *Al pie de la letra*), ¿qué te atrae de esa visión trasgresora?**

En efecto, salta a la vista mi tendencia a todo eso que apuntas. Creo que Isabel Cano me pidió ilustrar a Obiols (*Una de indios y otras historias*, *Libro de las M'Alicias*) pensando en ello. En el caso de *Columbeta, la isla libro*, fue el propio Carles Cano quien me pasó el texto para la edición de Anaya. Un libro que supuso mucho esfuerzo: trastornar palabras para que aparezcan nuevos nombres de bichos es relativamente fácil; pero dar forma a las criaturas es algo que se aproxima a la disección, al trabajo de Frankenstein y a los experimentos del doctor Moreau en aquella otra isla. Algún resultado pudo adquirir un aspecto desagradable. Esto confirma, una vez más, los diferentes caminos literario y gráfico que, sin embargo, pueden coexistir felizmente en un mismo libro. *El mundo al revés* es transgresión en estado puro. Partíamos de la tradición (aucas y aleluyas), con el firme propósito de incorporar situaciones que ofrece la actualidad: sociedad, transporte, matemáticas, electrodomésticos... Un gustazo.